



DIANE M. NELSON\*

## El Estado en la Guatemala post Quinto Centenario o la guatemalanización del mundo

Un joven desaparece. Sus padres y familiares se comunican con su jefe, sus amigos. Nadie sabe dónde está, nadie lo ha visto. La policía, el hospital, nada. “¿Qué tan bien lo conoce?”, preguntan los oficiales. “¿Quizá tenga una vida secreta, una mujer en alguna parte, una adicción a las drogas? Hay guerra, sabe”.

Una profesora de universidad denuncia públicamente las violaciones a los derechos humanos perpetradas por el gobierno y solicita que se le ponga fin a la guerra. Es bombardeada con amenazas de muerte y cartas llenas de insultos e intimidaciones. Los hostigadores mencionan a sus hijos, quienes podrían pagar por sus poco meditadas observaciones. La policía trata de ayudar. Pero como todavía no le ha pasado nada, ¿qué puede hacer?

Una aldea es atacada por el ejército. Muchas personas mueren pero es imposible averiguar cuántas. El personal del hospital tiene miedo de presentar informes sobre las víctimas y no se permite el ingreso de reporteros ni de observadores de los derechos humanos. Mucho después, cuando los investigadores tratan de aclarar lo que ocurrió, obtienen relatos totalmente distintos, pero no encuentran a nadie dispuesto a testificar contra los perpetradores, quienes aún ocupan el pueblo.

---

\* Diane M. Nelson (estadounidense) obtuvo su doctorado en Antropología en la Stanford University, California y se especializa en antropología cultural, Mesoamérica, poder, identidad, género y cultura popular. Actualmente es profesora asociada del Cultural Anthropology Department de la Duke University y está terminando de escribir el libro *Assumptions of Identity: Duplicity and Reckoning in Post War Guatemala*. La autora agradece a Carlota McAllister por honrar su libro al hacer los arreglos para su crítica en las reuniones de la American Anthropological Association en San Francisco en 2000, junto con el de Greg Grandin, *The Blood of Guatemala*. Irma Alicia Velázquez Nimatuj y Carol Smith también la honraron con su análisis reflexivo del texto. Traducción de Guisela Asensio Lueg.

La gente tiene miedo. No está claro quién los persigue. Un enemigo oscuro parece acechar por todos lados, pero cómo definir que es turbio. ¿Quizá usted mismo sea este enemigo? ¿Qué es seguro decir? ¿A quién puede usted criticar, y con quién? ¿Podrían los libros de sus estantes provocar sospechas? Los rumores abundan. Los periódicos parecen cada vez menos confiables. Algunas personas se burlan de usted y lo llaman paranoico. Algunas de ellas se ponen en contacto con agencias de inteligencia para denunciarlo, sólo para estar del lado seguro.

Un jefe de Estado implicado en fraude electoral, corrupción masiva y crímenes contra la humanidad sigue siendo sorprendentemente popular entre el electorado —incluso entre la propia gente que resultó más perjudicada en su régimen anterior. Es un hombre íntegro, un cristiano guiado por Dios mismo. Y su gobierno —el mismísimo que realizó ataques despiadados contra la gente considerada “pagana” y las personas “categorizadas” por el color de su piel, sus apellidos o su ropa— también es histórico en su representación de las “minorías”.

El trabajo de campo de mi libro, *A Finger in the Wound*, fue realizado en períodos que variaron de tres meses a un año entre 1985 y 1993. La mayor parte del texto estaba terminada para finales de 1996, en el preciso momento en que los Acuerdos de Paz estaban siendo firmados en Guatemala. Nunca me hubiera imaginado —y esto quizá sea por mi ingenuidad de gringa— que, a medida que los guatemaltecos salían de la guerra civil genocida para iniciar un período postguerra polémico, espeluznante aunque también prometedor, los Estados Unidos posteriores a los sucesos del 11 de septiembre llegarían a verse y a sentirse cada vez más como la Guatemala de finales de la década de 1980 y principios de la de 1990. Tampoco podía prever qué tanto Afganistán e Irak llegarían a parecerse a la Guatemala de tierra arrasada de principios de la década de 1980, siendo la administración de George W. Bush la que proporcionara los “fusiles y frijoles” del programa de contrainsurgencia de Efraín Ríos Montt.

Menciono estos paralelos desagradables como un recordatorio de lo tanto que ha cambiado Guatemala, a pesar de la inseguridad constante y las muchas dificultades que la gente enfrenta en el país hoy en día. También es una forma de reconocer las varias deficiencias en mi libro. Si bien la mayoría se deben a mis propias limitaciones, haremos bien en recordar que hubo áreas extensas en las vidas personales y políticas de la gente que eran imposibles de explorar en esa época. En la actualidad es fácil olvidar que incluso pronunciar los nombres de los grupos guerrilleros era peligroso en aquellos días, aun entre la gente de confianza. Si se puede derivar alguna esperanza de estos días oscuros, es en qué tanto más lejos que mi libro, el que fuera un intento por parte de una antropóloga extranjera de adaptarse a las complejidades de la Guatemala del Quinto Centenario, han llegado los investigadores y escritores. Quiero reconocer los grandes riesgos que con gran valor enfrentaron los académicos guatemaltecos (y sus colegas transnacionales) quienes, siguiendo el ejemplo de Myrna Mack Chang, están esclareciendo el pasado e in-

dicando “¿dónde está el futuro?”. Quiero felicitar especialmente a los miembros de AVANCSO, FLACSO, CIRMA, Cholsamaj, Recuperación de la Memoria Histórica (REMHI) y Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH), entre muchas otras instituciones, por su valerosa y creativa labor en explorar asuntos de poder y representación en Guatemala mientras se dedican activamente a la lucha incesante por la justicia. Espero que *A Finger in the Wound* sirva como una especie de preludio a los numerosos e importantes estudios que están surgiendo, un recordatorio parcial de cómo era la Guatemala que yo experimenté.

Mi libro busca específicamente entender por qué tanta gente denominaba al incipiente movimiento maya como “un dedo en la llaga”. ¿Qué implicó este estribillo acerca de la nación guatemalteca? ¿Qué reveló sobre los temores y esperanzas de la gente y del prospecto de un futuro pacífico? El libro también estaba supuesto a actuar como su título; es decir, provocar y cuestionar. Yo quería que enmendara cualquier costra que pudiera no sanar bien al reducir la guerra ya fuera a una guerra de clases o a una de razas; la población ya fuera a “ladina” o a “maya”, y siempre compuesta únicamente por hombres; o al Estado a solamente algo a lo que se le teme y contra lo que se arremete o a algo que da regalos; “progreso” y “modernidad” como códigos para la occidentalización mediocre; y a Guatemala como aislada en vez de enredada en múltiples relaciones transnacionales y profundamente locales, en las que yo también fui partícipe y no una observadora transparente. Quizá lo más importante de todo fue que quise cuestionar cualquier división reduccionista entre la política y la cultura.

También es difícil recordar que, a finales de la década de 1980, muchos comentarios previeron la desaparición de la población indígena de Guatemala. En estas crónicas la violencia de la guerra civil era comparable a la matanza en El Salvador en la década de 1930. La contrainsurgencia del gobierno parecía condensar a todos los pueblos indígenas en la insurgencia y su meta explícita era “exterminar hasta el último enemigo”. Aun antes de que la Comisión del Esclarecimiento Histórico declarara estas políticas como genocidas bajo los términos precisos de las Convenciones de Ginebra, se percibía que éstas estaban a punto de exterminar parcial o totalmente esta población indígena. Junto con el masivo desplazamiento de la guerra, el exilio en países extranjeros y el “etnocidio” representado por los crecientes abusos de la vida “moderna” y del neoliberalismo, ¿qué quedaría de una identidad indígena distintiva dentro de unos años? De allí la sorpresa, para muchos, de la fuerza y vitalidad de la organización nacional y hemisférica en torno al Quinto Centenario y al Premio Nóbel para Rigoberta Menchú Tum. Éstos a su vez impulsaron una gama de procesos, incluyendo un enfoque central en los derechos indígenas en los Acuerdos de Paz y una insistencia ahora comúnmente reconocida de que los mayas son mayoría en Guatemala.

Por supuesto, esta lucha continúa; nuevas alianzas e identificaciones están surgiendo, así como también nuevas articulaciones de memoria e historia.<sup>1</sup> Sin embargo, a finales de la década de 1980, los esfuerzos por crear identidad maya a través de la organización en torno a los derechos humanos muchas veces fueron menospreciados, no sólo por muchos ladinos sino también por muchos indígenas y trabajadores solidarios extranjeros. Mucha de la atención internacional se centraba en el movimiento popular de vital importancia y en los activistas de derechos humanos bajo constante amenaza. De hecho, a principios de la década de 1990, si uno pasaba por las oficinas de los sindicatos, del GAM o de CONAVIGUA, no era inusual encontrarse con una fila de periodistas internacionales y académicos esperando para entrevistar a los líderes. No fue así con los activistas mayas que generalmente eran ignorados; algunos antropólogos incluso los rechazaban calificándolos de elitistas y “urbanizados”, desconectados de las verdaderas identificaciones de las aldeas del altiplano auténticas. Sus afirmaciones de “trabajar de manera diferente” con el fin de reconstruir la comunidad y fortalecer la identidad en formas que no provocaran represalias fueron rechazadas con frecuencia y calificadas de apolíticas y divisionistas. A finales de la década de 1980, en medio de este proceso tan tenso, un amigo guatemalteco ladino progresista me pidió que explorara lo que estaba sucediendo con el movimiento maya con el objeto de “explicarle a los ‘compas’ por qué era importante respetarlo y tomarlo en serio”. Ésta fue mi meta subyacente al escribir *A Finger in the Wound*, combinada con una convicción gramsciana de que la lucha hegemónica puede y debe llevarse a cabo en todos los frentes, no sólo aquellos que parecen “políticos”.<sup>2</sup> Desde el principio, sin embargo, los activistas mayas me dejaron claro que no estaban particularmente interesados en ser estudiados por una antropóloga estadounidense. Además, consideré que para comprender su proyecto era necesario abordarlo dialécticamente, considerando acciones y reacciones. Esto me llevó a concentrarme simultáneamente en los mayas y el escenario e interés de su lucha (el Estado) y el nacionalismo étnico ladino —una identidad que se consideraba a sí misma no indígena y por lo tanto se vio en un estado de

<sup>1</sup> Véanse los resultados de las organizaciones mencionadas arriba, así como también Santiago Bastos y Manuela Camus, *Entre el mecapal y el cielo: desarrollo del movimiento maya en Guatemala* (Guatemala: Cholsamaj, 2003); Greg Grandin, *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War* (Chicago: Chicago University Press, 2004); y Carlota McAllister, *Good People: Revolution, Community, and Conciencia in a Maya-K'iche' Village in Guatemala* (Durham: Duke University Press, 2005).

<sup>2</sup> Por supuesto, también trataba de completar los requerimientos para obtener mi doctorado —lo político es siempre personal también. No trataba de ignorar las luchas populares o revolucionarias. Como explico en el libro, ése fue mi punto de contacto principal con Guatemala como una gringa en solidaridad. Me pareció que éste era un asunto bien estudiado, mientras que otros no.

cambio constante cuando lo “indígena” empezó a redefinirse a sí mismo. De igual forma que los activistas de derechos civiles en los Estados Unidos insisten en que la gente con “problemas de raza” es la gente blanca, yo necesitaba explorar la identidad reconociendo que ladinos e indígenas son grupos étnicos (con énfasis en el plural). De manera similar, como feminista estaba intrigada tanto por el papel de la mujer en darle forma al momento del Quinto Centenario y más generalmente en cómo las relaciones de género respaldan las identidades raciales y nacionales, así como también los intersticios repletos de chistes que suavizan y critican simultáneamente dichas interacciones. Por lo tanto, mi libro insiste en la fuerza política de estas identificaciones en gestación.

Otra forma en la que quise resistirme a separar “política” de “cultura” fue cuestionar la división entre las interacciones cotidianas en la cocina, la calle, las fiestas, los bares, la alcoba o el mercado, y la “gran” política de las instituciones estatales, las políticas económicas y la resistencia “manifiesta” —o aquiescencia— a ellas. Los guatemaltecos que han sobrevivido el genocidio y la guerra sucia me han enseñado que los chistes, los programas de televisión, las pantallas de computadora, los bailes, las fiestas de cumpleaños, el ir al cine y los gozos, placeres y herramientas semióticas que estas experiencias ofrecen son tan importantes en sus vidas como las penas, la cólera, la depresión y el dolor —y vitales para mantener identificaciones siempre polémicas, la comunidad, el activismo y la esperanza.

Espero entonces que, del mismo modo que el libro explora violencia y pérdidas espantosas, desilusión y frustración, los efectos debilitadores del racismo, misoginia y políticas de ajuste estructural neoliberal, también reconozca las profundas posibilidades en el placer y la lucha. Hoy en día el libro es más una historia que cuando fue publicado inicialmente; su “presente etnográfico” de 1992 a 1993 es un recordatorio de qué tan lejos han llegado los guatemaltecos en el logro de resultados tangibles. Pero la comparación entre la actualidad en Guatemala —juicios históricos, juicios por crímenes de guerra, la rotunda derrota de Ríos Montt en las elecciones de 2003, la creciente presencia de alianzas laborales, campesinas, indígenas, ladinas, religiosas, intelectuales y transnacionales como la Plataforma Agraria— y la situación actual en los Estados Unidos sugiere que lo que tenemos que hacer es guatemalanizar el mundo. Verdaderamente, ¿dónde está el futuro?